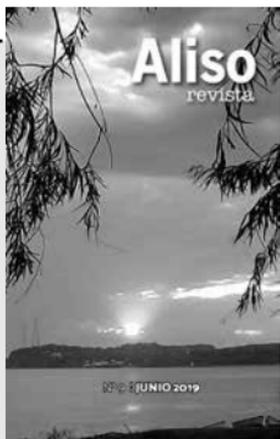




Aliso

revista

Nº 9 | JUNIO 2019



Escriben en este número de Aliso Revista: Alfredo Di Bernardo, Silvina Pugliese, Pablo Felizia, Alejandra Verónica Gauna, Ara Gregorutti, ESY Ful Santana y Dana Gavini.

La foto de la tapa de la revista es autoría de Argelia Busmail.

Aliso Revista es una idea de Pablo Felizia y César Heinitz, realizada con el apoyo de Nicolás Tavella y Lucía Puntín. Una propuesta de **Ana Editorial**, llevada adelante por **Aliso Imprenta**.

EDI TO RIAL

Ana Editorial fue una de las invitadas a la Feria de Libros Populares de La Paz, una propuesta del Instituto Superior de Formación Docente Profesor Rogelio Leites de la localidad entrerriana. En ese marco fueron presentados dos obras: **Crónicas patrias y Desaparición y muerte en bicicletas rojas**.

Desde la editorial no solo quedamos agradecidos con la invitación sino que debemos destacar la calidad de su organización y dedicación, hecho que le permitió a la feria cumplir el papel de ser una verdadera herramienta para acercar el libro a los lectores. Llegaron hasta el salón parroquial donde se desarrolló la iniciativa los jóvenes de casi todas las escuelas.

Por muchas ferias más; donde se promueva la lectura, ahí estaremos.

📞 **Aliso Imprenta**

📞 **Ana Editorial**



VICEGOBERNACIÓN
ENTRE RÍOS

ELETRAÑO

En mayo, **Ana Editorial** reeditó en formato digital tres libros agotados de **Alfredo Di Bernardo: El Regalador de Colores, Informe sobre miopes y Las cosas como somos**. Este cuento pertenece a la primera de estas obras. Para más información o adquirir estos libros hay que ingresar a www.anaeditorial.com

Lo descubrí casualmente al mediodía, cuando, después de meses o años sin hacerlo, alcé la vista en medio del almuerzo y, persiguiendo el vuelo errático de una mosca, dirigí fortuitamente la mirada hacia mi izquierda. Allí estaba: joven, aparentemente alto, barba rala ensombreciéndole el mentón, cabellera espesa e intrincada coronándole las sienes, gestos remanentes de una adolescencia aún no muy lejana. Allí estaba, comiendo con nosotros, con naturalidad, en silencio, sin mirarnos.

Giré la cabeza hacia la derecha: Irma también comía en silencio. Seguía igual que la última vez: la cabeza gacha, el pensamiento ido, una aureola de amarga resignación envolviendo su cuerpo arqueado hacia adelante. Me pregunté si ella también lo habría visto y temblé. Tuve miedo, miedo de que el desconocido hubiera estado instalado en mi propia casa con su consentimiento desde hacía días, semanas o quizás años,

aprovechando mi inveterada costumbre de no levantar la vista. Pero no, no era posible:

la expresión de ausencia de Irma revelaba que ella no estaba al tanto del insólito fantasma que se había entrometido en nuestra intimidad. Mi deber era advertirla, pero con disimulo; el desconocido



no debía saber que yo lo había descubierto.

Extrañado, temeroso, levemente incomodado por la conciencia de estar realizando un acto que resultaba ajeno a la esfera de mis hábitos, busqué la mirada de Irma: primero, de reojo, con algo de recelo; después abiertamente, despojándome de la cautela. Fue inútil: Irma no levantó la vista del plato en ningún momento y siguió comiendo. Era lógico: hacía años que no nos mirábamos. Yo mismo, de no haber mediado ese acontecimiento casual, de no haberme distraído tontamente siguiendo el vuelo de esa mosca torpe, habría permanecido inalterable; no podía esperar otra cosa. Aun así, a pesar de esa certeza, tuve ganas de que mirara. Hubiera querido que me mirara para saber si aún era capaz de vibrar al contemplarla, como antes. Pero no lo hizo y yo, casi sin melancolía, comprobé que había buscado sus ojos sin recordar de qué color eran.

Consciente al fin de que no podía contar con Irma, decidí entonces asumir yo solo el riesgo. Comprendí que no podría rehúsar el compromiso de enfrentarme al extraño. Debía hablarle y exigirle las explicaciones necesarias. Debía imponer mi condición de dueño de casa. Resuelto a acabar con la irritante situación, forcé para mi rostro una expresión severa y, fingiendo una confianza que jamás he poseído, extendí mi brazo hacia el de él. De alguna manera supe que ahora sí, por

fin, advirtiendo quizás lo inaudito de mis movimientos, Irma había alzado la cabeza del plato y también miraba: eso me dio valor. Redoblé mi esfuerzo por simular firmeza, me incliné sobre el extraño y, conteniendo la respiración, lo toqué suavemente con la mano. Él, tan sólo ladeó la cabeza y me miró.

Tardé bastante en reaccionar. Me costó adivinar en ese rostro juvenil los rasgos casi perdidos del niño de años atrás. Me costó acostumbrarme a la idea de que esa mirada dura y acusadora perteneciera al adolescente al que hacía tanto tiempo no veía. Pero, sobre todo, me costó reconocer esa voz al mismo tiempo familiar y, sin embargo, tan distante, que con tanta frialdad me decía: "Sí, papá. ¿Qué necesitas?".



Este mes, **Ana Editorial** publicará el libro **La noche iluminada y otros cuentos de Silvina Pugliese**. Aquí presentamos *Imposibilidad*, uno de los cuentos más particulares de esta obra.

IMPOSIBILIDAD

Esteban, el marinero sudamericano, se encontró pensando: “solo vine a tomar un trago” con la vista fija en el vaso lleno de cerveza. Lamentó no haber traído consigo su amuleto Asimir que le permitiría la seguridad de ganar algo de dinero en las mesas de juego. Sintió un roce intencional en la espalda. Erim lo congeló con su mirada provocativa de labios rojos. Sin querer, él le transmitió un “no” que después recordaría a instancias de la policía. Incómodo, trató de olvidarla y desapareció entre el humo denso y la fragilidad del alcohol. Ninguna fuerza del mundo impidió que saliera a la calle. O tal vez el hombre de la puerta lo ayudó, al ver la expresión decidida de su cara bronceada por el sol del mar de los trópicos.

Exacto. Si al menos el reloj no se hubiera detenido... En un determinado instante, mientras el aburrido joven huía del bar, por una de las rendijas del entretecho de madera brotó sangre que cayó impávida sobre la mesa mayor de juego. Steve Thomas, el crupier indolente y Erim, busca como una gata en celo, se hicieron a un lado, volteando las sillas entre el griterío creciente.

Brumosa tarde de otoño londinense.

Ante la sorpresa, como bumeranes, todos volvieron a acercarse y alguien tocó el paño ahora marrón y líquido: se estremeció el



valiente, pues le había parecido percibir unos débiles latidos.

Natanael, el barman, reaccionó y subió las escaleras con la mitad de los parroquianos pisándole los talones.

En el medio de la habitación superior no encontraron ni cuerpo ni cuchillo ni nota alguna que explicara la extraña aparición. Lord Curtis abandonó la pasividad de los de su clase y se arrodilló cerca del charco brillante, desafió la expectativa circundante, lanzó luego una bocanada de maldiciones entre dientes y exclamó:

–Únicamente la policía podrá resolver esto. Envíen a alguien al destacamento para avisar al inspector.

Reclutas, agentes y otras yerbas revisaron el mugriento y rústico salón, el primer piso, la buhardilla y las inmediaciones y no se encontró un mínimo rastro que confirmara la presencia de un acto criminal.

Poco a poco el suceso alcanzó resonancias increíbles: la misma casa real inglesa vio en ello una conspiración porque hacía tiempo que los súbditos, hartos de los escándalos de la famosa familia, reclamaban un mejor gobierno. Otros temores asaltaron el sueño de la reina madre. Un ataque a su persona. No sería raro que el misterioso y fantasmal asesino –todo el país estaba seguro de que allí hubo una muerte – planeara hacerla desaparecer de la misma manera y tal vez, alzarse con las joyas de la corona.

Encerrado en su oficina, el jefe de investigaciones estaba de pésimo genio. Natanael, en su duodécima declaración testimonial, no le dio vestigio alguno. Trataron de hacerle decir hasta los más mínimos detalles por medio de la hipnosis. En honor a la verdad, los policías se divirtieron bastante haciéndole preguntas sobre su intimidad. No se alegraron, en cambio, cuando por orden real, el alcalde Owen fue removido después de una lamentable conferencia de prensa.

Vivía el pueblo en un descontento que crecía como el agobio en una obra de Ibsen, en tanto el culpable no era identificado. Solo una mancha de sangre



cada vez más dura: único rastro insolente. Insolente como el tono de Beth, la cocinera, harta ya de repreguntas y sospechas. La despacharon de las oficinas como los piratas cuando se rinden: entrecerrando los ojos y pensando en la venganza feroz.

Erim tuvo la mayor paciencia entre los testigos y consiguió una cita con el inspector en jefe, el próximo jueves en la noche, en el motel más vip, el Yellow, ni más ni menos.

A cada día, más se alteraba la flemática sociedad inglesa. Por poco menos se recordaba el alzamiento de Lisboa, en los siglos pasados. Así, nada de avances: ni cadáver ni herido ni motivo ni asesino: solo un charco de varios litros de sangre coagulada y dura sobre el paño de una mesa de póquer. Se devanaban los sesos los detectives en pleno, insomnes por el tabaco y el café.

Tuvieron que volver a la escena del derrame sanguinolento con equipos de última generación. Atacaron con infrarrojos, ultravioletas y el amplio

espectro de la luz y del sonido. Nada.

Todo en vano. En el vano de la puerta de salida, despedido, se soñaba el inspector en los brazos de la copera del bar. La rabia, la impotencia y el miedo a perder su prestigio bien ganado a fuerza de su último trabajo quinquenal, muy duro, lo estremecían al responsable policial. Atrás quedaría gran parte de su vida y su fiel esposa, engañada vilmente con la excusa de las horas extras por la presión de la reina poderosa.

Relee este texto con desesperación y como último recurso el responsable del esclarecimiento y cree percibir un destello.

Una luz, una chispa, le recorre el tejido neuronal. Toma una lapicera

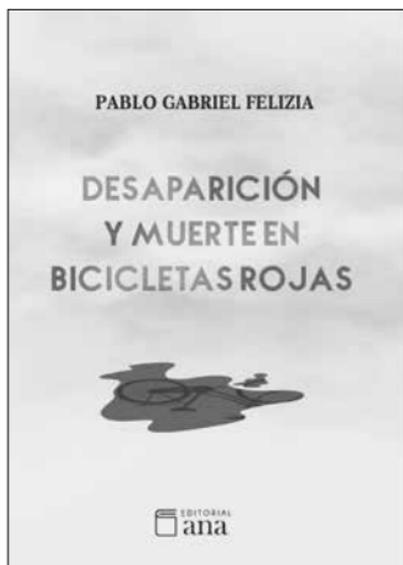
del bolsillo superior de su chaqueta a un lado de la cama, separa su cuerpo del cuerpo de la chica y señala todas las mayúsculas del cuento sin contar el título. Incluso marca las de la oración final que termina con la palabra "fantástico". Nadie lo hubiera sospechado... A los lectores avisados como él, la mano autora de estas líneas les dijo a lo largo de la historia que relata, la solución de este extrañísimo enigma fantástico.



CACHORROS

El miércoles 5 de junio en la **Feria de Libros Populares de La Paz** y el viernes 7 en la **Biblioteca Popular del Paraná** fue presentado el libro **Desaparición y muerte en bicicletas rojas** de **Pablo Felizia**. Aquí publicamos uno de los cuentos que integran la obra.

Hoy es el último día que barro el piso sucio de colillas, papeles y algodones sangrantes en este centro de salud con olor a podrido. Tres años llevo con la escoba de aquí para allá, sobre



un piso que pisan los negros vagos y los pescadores. Pertenecesco a los segundos por suerte y por familia, y hace tres años que barro este piso sucio de colillas, papeles y algodones sangrantes porque cumplo con la pena que un juez dictó sobre mi caso, sobre mi vida. Soy un pescador que barre en su último día de trabajo comunitario. Me espera el río, uno largo y profundo. Y también me espera un viaje, uno que debo hacer para cumplir con mi promesa.

Tuve tiempo para pensar. Sí, lo volvería a hacer aunque deba pasar otros tres

años con la escoba en las manos o peor, adentro de una celda podrida de la cárcel. Todos los días salía con la canoa de mi viejo. Él decía que debía ir río arriba, pero con el tiempo, río arriba chorreaban las cloacas de una ciudad que termina en una bajada pronunciada. Entonces ahora los pescadores salimos río abajo y nos dejamos llevar por la corriente aunque a veces, dejarse llevar por la corriente es peligroso. Hay muchos que salen y no vuelven, cansados y con las canoas pesadas,





Con dosis equivalentes de humor, reflexión, ironía y ternura, “Algo así como un padre” explora el vínculo que se entabla entre un joven soltero y un niño de 7 años, hijo de la mujer con la que aquél acaba de iniciar una relación amorosa. Es la crónica del itinerario emocional que va involucrando al protagonista en la impensada aventura de armar una familia de a tres, un acelerado proceso de aprendizaje mediante el cual comprobará que, muchas veces, los lazos afectivos poco tienen que ver con los de sangre.

Publicada originalmente bajo el formato de blog, esta historia nos habla de familias ensambladas en tono de comedia pero ofrece, al mismo tiempo, una serie de agudos apuntes sobre el siempre complejo ejercicio de la paternidad, sea ésta biológica o no.

ACERCA DEL AUTOR

Alfredo Di Bernardo (n. Santa Fe, 1965) ha publicado los libros de cuentos “El Regalador de colores” (1993); “La realidad y otras mentiras” (1999) y “Las cosas como somos” (2009); la novela “Informe sobre miopes” (2001) y “Crónicas del Hombre Alto” (2013), selección de textos del blog homónimo. Es autor de los blogs “Algo así como un padre” (2010) y “O juremos con grieta morir” (2016). Entre 2002 y 2017 editó “El Regalador”, micropublicación virtual de divulgación literaria.



www.anaeditorial.com
 pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
 nicolastavella@anaeditorial.com

no hay remo que aguante río arriba un retorno en contra de la corriente. Tuve tiempo para pensar. Sí, lo volvería a hacer aunque pase otros tres años sobre este piso lleno de colillas, papeles y algodones sangrantes.

Pudo haber sido la cárcel, pero el juez dictó otra cosa sobre mi caso, sobre mi vida y entonces llevo tres años con la escoba en la mano. Pienso, porque tuve tiempo, que volvería sobre el barro arcilloso y la arena sucia otra vez con el cuchillo en la cintura. Hace años, cuando salía río abajo porque río arriba estaban las cloacas, iba en la búsqueda del cachorro. El sábalo te salva el día, el patí, el moncholo o el amarillo no son más que un rejunte para pagar la luz, el gas, darle de comer a los chicos. Con la boga ya es diferente por peso y por su carne, es blanca la carne de la boga, y se paga bien la blanca carne de la boga. El dorado es otra cosa, difícil, peleador, mordisquero; ahora con la escoba en la mano pienso porque tengo tiempo de pensar, en la cantidad de dorados que habría pescado en estos tres años, y aunque no me arrepiento del camino que recorrí para llegar hasta esta escoba, me hubiera gustado darles pelea a esos tigres de agua. El dorado se paga mejor que la boga,



pero peor que el cachorro. El cachorro es el premio mayor, el asado de vaca del domingo, el vino en botella, la carne rosada, la pulpa, el hermano salvador. Maté. Para sobrevivir maté. Por mi familia maté una y otra vez a los sábalos, a los moncholos, a los patíes y a los amarillos, a las bogas, a los dorados y a los cachorros, sobre todo a los cachorros.

Al cuchillo hay que clavarlo donde empieza el vientre. Digo que hay que clavarlo ahí, debajo del ombligo, para ser efectivo. Lo primero que se escucha es un ruido a tela rota, a carne que se rompe para siempre. Después hay que subir, lento, con paciencia para que todo ese jugo que le sale chorree por el barro arcilloso y la arena sucia. Se escucha, también, cuando se rompe el espinazo, aunque en sus ojos parezca que todavía está vivo, como aferrado a esos últimos segundos, algunos llegan a mover las branquias como si aún pudieran robarle a un río ya lejano, un poco más de oxígeno. Las tripas caen. Ensucian de sangre y enseguida se pudren bajo la luz del sol o de la luna.

Todo se pudre bajo la luz del sol o de la luna, todo se rompe, todo se transforma, como ese pescado caído en desgracia, y lo vivo se transforma en muerte, y tras la muerte no queda nada más que barrer este piso sucio de colillas, papeles y algodones sangrantes.

Maté y a eso lo saben todos. Lo saben los pescadores que aún reman para no empantanarse en la mierda; lo saben en el bar, en la escuela, en el barrio y en este centro de salud lleno de pobres viejos que llegan desposeídos y harapientos, lo saben las madres con sus hijos a cuestras llenos de mocos; y lo sabe Juan. Tanto lo saben que a veces los viejos y las madres me miran como si estaría repleto de lepra, como si la lepra fuera algo que se acumula, como si esa acumulación de lepra no fuera más que una condena. Pienso, porque ahora tengo tiempo de pensar, cuando me miran los viejos y las madres, en el puntazo que le metí a Juan. Yo maté a Juan y Juan murió solo, seco y vacío sobre el barro arcilloso y la arena sucia una mañana de hace tres años, bajo la luz del sol y de la luna, lejos de este piso de colillas, papeles y algodones sangrantes. Digo que maté a Juan y escuché como el cuchillo al entrar hacía ese ruido a tela rota y las tripas, como la de los cachorros, cayeron sin más.

Hace por lo menos un año que no sé nada de Antonia. Me dijo una tarde que se iba para no volver. Al principio traté de detenerla, de explicarle, pero después pensé, porque tenía

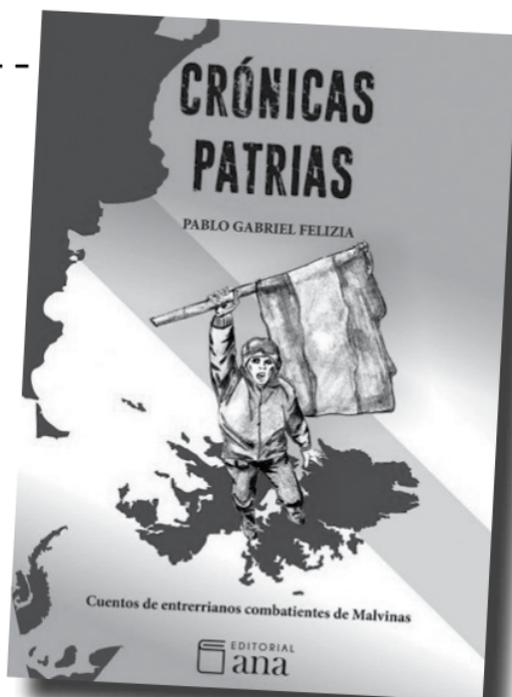


tiempo de pensar, que quizás un tiempo para que ella también pensara no estaría nada mal. Se fue, como se van las horas en momentos alegres, como si nunca hubiera estado presente o fue la caja de vino la que me quitó a una Antonia que ya no quería seguir conmigo. No se me dio por el porro, no agarré otra cosa, solo el vino, uno de caja, barato, golpeador. Cuando iba a la isla a buscar la moneda y pasaba varios días, no había más para comer que el mismo pescado que sacaba. A cualquiera le puede gustar el pescado que sacaba, pero comer todos los días el pescado que se saca termina por transformar su carne en una pasta sin gusto. Entonces, hacía un fuego de ramas secas y flacas, y cortaba la caja de vino vacía por la mitad. Ahí dentro metía el pescado que sacaba, para luego echarlo al fuego un largo rato. Por la radio escuchaba algún chamamé perdido y viejo, me recostaba en el piso y esperaba por el almuerzo. Sal, vino y radio, la santísima trinidad, estaban siempre guardados en la canoa como si fueran parte de ella. Y fue un mediodía, cuando lo vi pasar a Juan con el villa a toda marcha río arriba, de vuelta para las casas.

Tres años de trabajo comunitario. Tres años llevo de pensar porque ahora tengo tiempo. Tres años de vivir de la propina que me tiran los viejos y las madres que llegan a este centro de salud con el piso lleno de colillas, papeles y algodones sangrantes. A Juan lo maté, como se mata a un pescado que recién se saca, lo destripé como a un cachorro, Juan era un bicho de agua. Y a pesar de todo Antonia se fue igual y no va a volver, o quizás sí, pero hace un año que caminó como las horas en días alegres, caminó a la parada del colectivo con un bolso, ropa y una tristeza como para detener el tiempo. Sé que ella se hubiera quedado si no fuera por el vino.

Sabía que Juan buscaba la manera de no tener que trabajar nunca. Era pescador, pero un pescador vago. A Juan lo conocían todos, de jovencito parecía buen muchacho, pero de mayor desbarrancó como se caen las piedras partidas desde lo alto hacia el río. Robaba, y cuando robaba chupaba, y cuando chupaba se ponía pesado. El vino conmigo es diferente, a mí el alcohol me deja tirado en cualquier lado y eso la cansó a una Antonia que se fe triste pero apurada. El mediodía que Juan pasó frente al campamento que había armado en la isla, tenía la cara roja de borracho y una pila de pescado que de seguro no eran de sus espineles. De esto último da testimo-





Crónicas Patrias de Pablo Gabriel Felizia, es el primer libro de Ana Editorial. Son siete cuentos donde se rescatan hechos de heroísmo, de ocho combatientes entrerrianos: Carlos María Vergara, Oscar Barzola, Roberto Andrade, Rubén Nicolás Benza, Héctor Rosset, Ricardo Velázquez, Juan Carlos González y Ramon Duarte.

Escribir este libro llevó cuatro años. El autor quería conocer hechos de heroísmo cansado de escuchar que todos los que enfrentaron a Inglaterra eran unos chicos llenos de miedo. Encontró las historias en las palabras de esos hombres y la ficción se transformó en una cornisa fina entre ellas, tal como las relataron, y el aporte de la literatura.

ACERCA DEL AUTOR

Pablo Gabriel Felizia es licenciado en Comunicación Social y fue periodista durante siete años en Diario UNO de Entre Ríos. Cuatro cuentos de su autoría fueron publicados en ese medio a modo de folletín con entregas semanales y dibujos propios: Desaparición y muerte en bicicletas rojas, La victoria de los visitantes nocturnos, Los poetas de Ramírez y La habitación de los segundos detenidos.

Su primer libro publicado es Crónicas Patrias.

Fue becario del Fondo Nacional de las Artes y es editor en Ana Editorial.

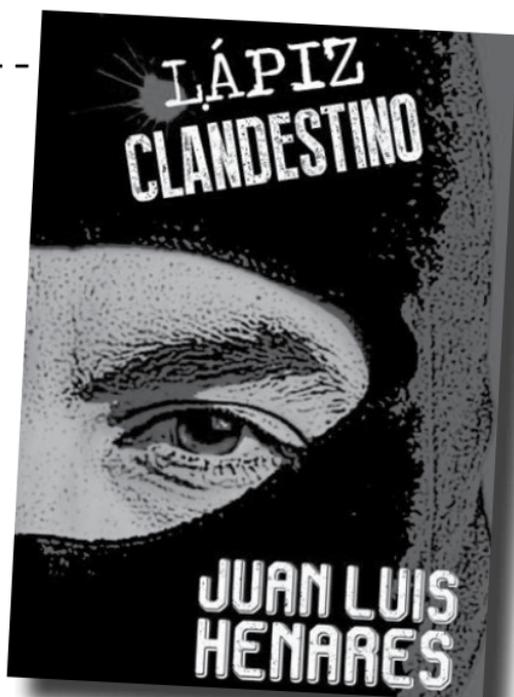


www.anaeditorial.com
 pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
 nicolastavella@anaeditorial.com

nio cualquiera, el Juan le robaba a sus propios vecinos. Algo en su forma de mirar, una risa, no sé, me hizo levantar del suelo arcilloso de la isla como un tiro. Apague el fuego que calentaba el pescado adentro de una caja de vino, cargué todo y me subí a la canoa con la necesidad y la urgencia del volver a casa. Algo me decía que debía volver. Llevo, hasta el día de hoy que tengo en mis manos esta escoba, una estampita del Gauchito Gil. Cumplidor el Gauchito Gil. Y uno, porque el Gauchito Gil cumple, le devuelve los favores. Ese mediodía, saqué la imagen del Gauchito Gil que llevaba en el bolsillo y me encomendé. Me pego una vuelta por Corrientes, le dije, pero ayúdame a llegar a tiempo.

Cuando la costa se me apareció a lo lejos, ya se veía la canoa de Juan sobre la playa. Entre el barro arcilloso y la arena sucia caminaba rumbo a mi casa y eso que le digo casa a un par de chapas bien afirmadas. Lo sabía. En ese manojito de chapas bien afirmadas estaba Antonia, estaban los críos: estaba Claudia la mayor, Manolo el del medio, y Jacinta la tercera. Son apenas unos gurises mis críos, todos, y todavía hoy que pasaron tres años que llevo aferrado a esta escoba, me miran al volver como antes, como esa mañana de muerte. Si todavía estuviera Antonia le pediría perdón por lo del vino, pero no hay caso, no sé ni siquiera para dónde se fue. Hoy vivimos de la caridad, de las migajas que me tiran los viejos, los negros vagos y las madres que llegan a este centro de salud, y también de las changas de la Claudia, que cada tanto se pasa el día destripando sábalos. Cobra bien: entre diez y quince pesos por pieza, cuando hay mucho se baja un poco para que le den el trabajo. No le gusta destripar sábalos, dice que no va a pasar toda su vida destripando sábalos, pero después ve a los críos chorreando mocos y sale otra vez para la costa a meter cuchillo entre la carne. Pero este infierno ya se le va a terminar cuando suelte de mis manos esta escoba para barrer un piso lleno de colillas, papeles y algodones sangrantes.

Llegue con mi canoa, un poco cansado, los brazos pesados porque remé como nunca río arriba. Desde la playa se escuchaban los gritos de los críos, los gritos de terror y de confusión. Calcé el cuchillo en la cintura y me fui para la casa y eso que le digo casa a un manojito de chapas afirmadas. La cara de la Claudia no me la olvido más. Con sus doce años, desesperada la pobre. Manolo se tapaba la cara, Jacinta puchereaba con



Existe un mundo ideal, con modernos edificios, coches último modelo, opulentas fiestas e inolvidables viajes alrededor del planeta; en él los escritores crean bellas poesías sobre el amor y lo hermosa que es la vida, escritas en sus confortables mansiones desde un amplio ventanal con vista a un parque lleno de árboles, donde se percibe el olor de las flores y el canto de los pájaros.

Pero también existe otro mundo en el cual habitan la marginación, la desigualdad y la pobreza; con casas en villas miseria o barrios populares, coches destartados o carros tirados por caballos, sin fiestas y en donde solo hay viajes que llevan al trabajo. Un mundo donde las personas pelean por sobrevivir, por conseguir unos pocos pesos que les permitan alimentarse y llegar al día siguiente.

Desde este último lugar está escrito este libro: lejos de los ámbitos literarios, sin un peso en los bolsillos, en los viajes en tren o colectivo, en las caminatas por las calles de la ciudad.

Un libro escrito por un lápiz clandestino.

ACERCA DEL AUTOR

Juan Luis Henares vive en Colonia Avellaneda, es profesor y da clases en una escuela nocturna de la zona. De los veintidós cuentos que forman parte de *Lápiz clandestino*, diez fueron premiados en distintos concursos de España, México y Argentina.



www.anaeditorial.com
 pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
 nicolastavella@anaeditorial.com

desconsuelo. Juan se había llevado a Antonia como si Antonia fuera una cosa. Le seguí el rastro enseguida, los encontré detrás de uno de los puestos de pescadería que hay un par de metros hacia el río. Cuando me vieron se separaron, no parecían pelear, no pregunté si estaban peleando. Juan estaba borracho, yo había tomado vino. Es cierto, sentía más ganas de dormir una siesta que de pelear, pero las circunstancias y la bienaventuranza del Gauchito Gil me pusieron ahí. Salió disparando pero tropezó sobre el barro arcilloso y la arena sucia. Cuando levantó la vista escuché el ruido de su carne romperse para siempre como una tela.

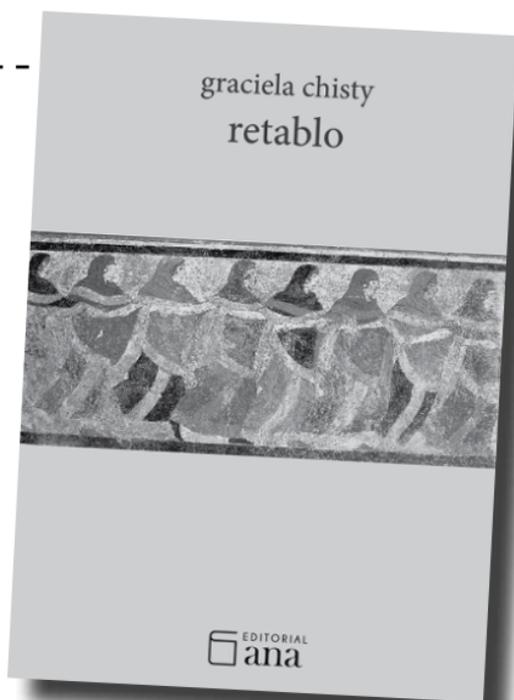
Antonia lloraba. Los tres gurises lloraban. Juan apenas hacía esfuerzo para llevarse un poco de oxígeno a los pulmones, uno que intentaba robarle a un mundo ya lejano. Antonia dijo violación y yo defensa, y entonces hace tres años que llevo esta escoba para barrer el piso lleno de colillas, papeles y algodones sangrantes. Pero este infierno termina hoy. En casa tienen todo listo para viajar, mañana nos vamos a Mercedes. Me esperan Claudia la mayor, Manolo el del medio, Jacinta la tercera y Juana, la cuarta.



*....te gusta
pintar y
dibujar?*

Mario Milocco te invita..
venite a MadreSelva taller de arte
Los miércoles por la mañana o jueves por la tarde.

José E. Rodó 663 y Casacuberta, zona Paracao
343 50 80 611 / 437 45 35



Este texto aparece en las solapas de **retablo** de Graciela Chisty:

Así, poner título a una colección de poemas, que es un gesto clausurador, es desconocer la naturaleza antiescrituraria y antilibresca de la poesía. Habría que regresar a la costumbre decimonónica de poner en las carátulas de los libros de poesía la palabra «Poemas» y en los de cuentos la palabra «Cuentos» o «Relatos».

Porque los poetas y los cuentistas no son escritores, aunque creen que lo son. Sobre todo la poesía, con su apego a la repetición y a la memorización, manifiesta su aversión hacia el libro. Su persistencia en nuestra cultura puede verse como la señal de que el individuo se resiste a prescindir de su propio aliento. Los libros, con su portentosa artificialidad, con su tratamiento espiritual intensivo, han atenuado nuestro aliento hasta lo inverosímil. Los renglones de la prosa, metódicamente alineados, proponen una respiración artificial; en cambio, los versos de la poesía, que se resisten a convertirse en renglones, alientan nuestra respiración perdida.

Fabio Morábito, en El idioma materno

UNA ASOCIACIÓN PARA ESCRITORES

La Asociación de Escritores de Entre Ríos (Adeer) comenzó a formarse en la provincia y la integran artistas de Paraná, Colonia Avellaneda, Oro Verde, Gualeguay, Victoria y Gualeguaychú entre otras ciudades. Este año organizaron el 4° Congreso de Escritores Latinoamericanos en la UTN Regional Paraná.

“A nuestra asociación pertenecen escritores que se dedican a distintos géneros, desde lo literario, pasando por la gastronomía, la religión, lo académico y hasta la divulgación científica. También acompañamos a escritores y poetas callejeros. Inclusive tenemos a varios integrantes y socios de la SADE”, dijo en diario UNO una de sus impulsoras, Lucía Pabón Morales, quien se desempeña como coordinadora del grupo. Asimismo, destacó que tienen en trámite la Personería Jurídica.

Por otro lado, adelantó que en 2020 planean organizar la quinta edición del Encuentro de Escritores Latinoamericanos. “Nuestro objetivo es difundir la labor de los escritores de la provincia, pero especialmente, acompañarnos como colectivo ya sea en las presentaciones de libros, o en el proceso de publicar, incluso para compartir nuestro trabajo con otros e intercambiar ideas. Invitamos a quienes escriben a sumarse, ya que es sin ningún tipo de costo”, destacó Pabón Morales.

Interesados, pueden escribir a la fan page Escritores de Entre Ríos.

Desde Aliso Revista le pedimos a Lucía Pabón Morales que nos envíe algunos textos de los integrantes de la asociación y aquí los presentamos.



MAYODE2019

Un texto de Alejandra Verónica Gauna

¿Quién se quedó detrás de los amarillos, de aquellos verdes apagados, de esos marrones reinantes? Los pasos se vuelven lentos y la mirada se apaga, la realidad a veces quita los brillos. Todo se endurece, el rostro y el ceño se marca como una gran cicatriz. Pero esa tarde, me quedé quieta sólo observando, mirando más allá de lo aparente. Unas hojas volaron por la acción del viento y cayeron como si en su intento una bendición suavizara mi estado. Una hilera de hormigas pacientes cargaban sobre sus espaldas restos de algunas pequeñas hojas verdes. Un perro callejero se acercó con una piedra en la boca, la dejó a mis pies y esperó paciente que se la arrojara para salir a buscarla. Un padre intentó calmar el llanto de su hija y repetía varias veces:

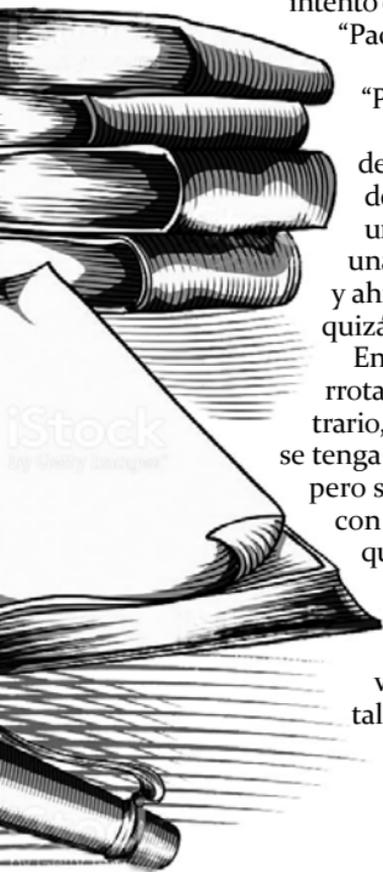
“Paciencia hija, paciencia”.

El dolor comenzó a molestar y respiré diciendo: “Paciencia, ya pasa...”.

Una señora mayor tejía una bufanda y los giros de sus manos eran tan pacientes que el solo hecho de mirarla traía una especie de tranquilidad. En un pequeño montículo de tierra se quedó parada una paloma de la Virgen y la niña quiso atraparla y ahí me encontré diciendo: “Paciencia, paciencia quizás sólo puedas acercarte y tal vez no se vuela...”.

Entendí que la paciencia no es una actitud de derrota, o de “soportar” o de quietud, es todo lo contrario, es continuar “a pesar de...”, caminar cuando no se tenga ganas, levantarse quizás con el pie izquierdo pero sabiendo que es sólo ese momento, amigarse con los propios enojos y perdonarse por aquello que permitimos...

Sentada sobre un colchón de hojas crujientes y amarronadas, me vuelvo a preguntar: ¿Quién se quedó detrás de los amarillos, de aquellos verdes apagados, de esos marrones reinantes?”, tal vez la impaciencia...



POESÍA

de Ara Gregorutti

Mi madre
Que, cuando le dije
que quería tocar el cielo,
puso manos a la obra y se dedicó años
a construirme alas.
Entrenó mi vuelo,
curó mis heridas, producto de mil caídas,
y festejó conmigo cada vez
que alcanzaba alturas más altas.
“No pares hasta alcanzar la luna”,
me dijo.
“No olvides tu abrigo.
Dejá a un lado los mapas y hacé tu camino.
Estoy acá, siempre,
esperando tu vuelta”
Y me abrazó fuerte
antes de abrir la puerta.

Perdón si encontrás lágrimas en esta hoja,
es mi orgullo acumulado
intentado salir por algún lado
al hablar de ella.



MadreSelva
CASA DE ARTE

UN ESPACIO DONDE EL TIEMPO ES
TU MEJOR AMIGO.
DONDE LOS COLORES TE INVITAN
A JUGAR, DONDE EL AZAHAR
FORMA PARTE DE TU EXISTENCIA.
Y DONDE EXISTIMOS SIENDO UNA
GRAN RED DE AMIG@S.

📍 José Rodó 663 - Esq. Casacuberta

📞 0343 - 154156935

MadreSelva Taller de Arte



POESÍA

de Dana Gavini

Espera... a que todo cambie
 Y se transforme..
 A que la vida pase y se disipe
 y no quede nada...
 Espera... a que mi voz se calle
 y tus ojos ya no vean.
 A que el silencio nos rodee
 y las miradas cesen.
 Espera ..., a que todos los ruidos
 se acallen
 y las nieves bajen.
 Que dejen de cantar las golondrinas
 que ya no susurre el viento.
 Que la lluvia pare.
 Espera... Que el alma tiene un tiempo
 Para el trance,
 que tu yo y mi yo
 tendrán romance
 Cuando todo termine de callarse.

NIEBLA

Un cuento de Esy Ful
 Santana

Anita se levantó temprano, apenas quince kilómetros la separan del lugar donde blancos papeles escritos en negra tinta esperan su firma.

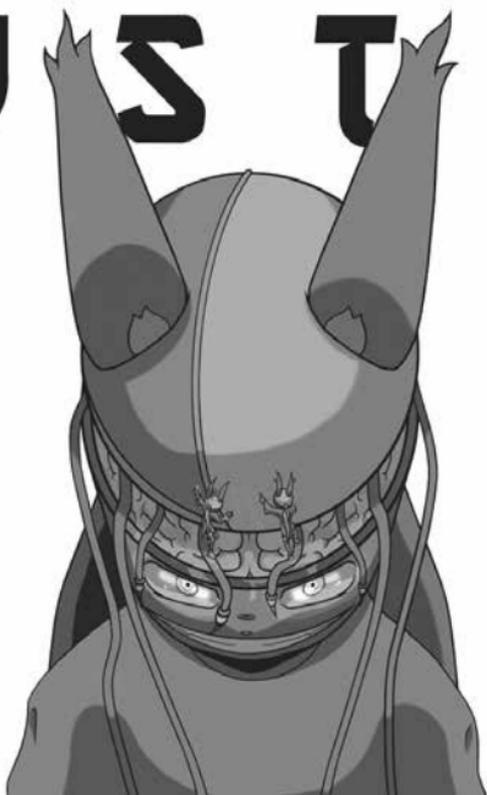
Día frío, nubes bajando del cielo, desde la puerta puede divisar como la niebla se convierte en densa cortina



gris, cual motas de polvo viejo, como los egregores que turban su razón. Fregó sus orbitas queriendo destapar claridad mental, confundiendo la secuencia de postes sostenidos en tenso alambrado, con su propia tensión. Detrás, el árbol completamente desnudo la mira, se reconoce tan desnuda como él, despojada de sueños, desprendida de sí, en renuncias a su propia estima y valor.

La palabra divorcio le resuena con el peso del sin sentido, una decisión que le ocupó largos años de miedos y esperanzas, la duda es una nebulosa sideral, se pregunta ¿esta vez acertare en la decisión? El rocío cual ligeros ángeles pequeños, se precipita en suspendida espera. Entonces un emisario viene en el tenue rayo de sol que se filtra, debe “salvar su vida”. Se coloca el abrigo y sale en busca del sol detrás de la niebla.

D S T R



0
9
.
1
9



Diseño gráfico y sublimación

Objetos personalizados: tazas plásticas y cerámicas, jarras, lapiceros, almohadones, set de jardín, rompecabezas, diseño de tarjetas para cumpleaños y todo tipo de eventos, adhesivos, y mucho más!

Encontranos en facebook: Ideas en Remolino
correo electrónico: ideasenremolino@gmail.com



Cuyas y San Pérez, Paraná, Entre Ríos
Teléfonos 3434595738/3434283270
Facebook: Aliso Imprenta



Ana Editorial es una idea de
Pablo Felizia y Nicolás Tavella
Teléfono: 3434595738/3415810734
Facebook Ana Editorial
www.anaeditorial.com.ar

Entre Ríos

es
Termas

ENTRE RÍOS
**CERCA
TUYO**

seguinos en   
más info enterios.tur.ar

er enteríos
GOBIERNO